

CRONICA ECONOMICA

PRODUCCIÓN Y PRECIOS EN ESPAÑA

El desarrollo económico de España y la evolución de nuestra coyuntura interna vienen siendo objeto, de algún tiempo a ésta parte, de la más viva curiosidad internacional. Curiosidad y preocupación, movidas ambas —ocioso es decirlo— por las más puras y elevadas intenciones. Desde quienes desearían que al fatal hundimiento del franco francés y la lira italiana acompañase la peseta española, a fin de que la expresión “Unión Monetaria latina” volviese a resurgir, aunque fuese la unidad en la catástrofe, hasta quienes, deseosos de aislar a España de la economía mundial, buscan toda clase de infundios para paliar un éxito tan claro y rotundo de la política económica española como el reciente tratado comercial hispano-argentino.

La reacción española ante semejante actitud farisaica quizás hubiera debido ser la del consejo del poeta florentino: “Segui il tuo corso e lascia dir le genti”. Mas como dicha guía no parece haber sido utilizada debidamente, los comentarios sobre nuestra situación económica proliferan en tal medida, en especial los redactados con notorio predominio del sentimiento patriótico sobre la consistencia técnica, que de ellos sólo puede deducirse nítidamente una sola consecuencia: la confusión. Y aun confusión de confusiones, pues por algunos comentaristas se llega hasta negar el diagnóstico sobre el cual la coincidencia entre los españoles es casi unanimidad abrumadora.

Es posible que el velo monetario, que encubre más que aclara todos los fenómenos económico-reales de la vida mun-

dial en la postguerra, haya servido en España para alentar desmedidamente los optimismos de los unos, o para entenebrecer con no menor exageración los pesimismo de los otros. Aquí, como en casi todos los problemas económicos: *In medio, veritas.*

Nuestra situación en este orden de cosas, tanto en el orden monetario, como en el total económico, no es plenamente satisfactoria; más aún, es susceptible de considerable perfeccionamiento. Pero incuestionablemente es mejor que la de muchos, muchos países que se permiten dar consejos al vecino cuando tan necesitados se hallan por su parte de ayuda, y de ayuda en tal medida y rapidez que sólo desde fuera podrían ser salvados, ya que su situación es tal que no pueden soportar ni la enfermedad ni el remedio interno. Tal es el caso de la Economía de más de media docena de países hasta hace poco beligerantes, en cuyos periódicos puede encontrarse el más lucido ramillete de sarcasmos e ironías acerca del porvenir de la economía española, como si la suya estuviese exenta de preocupaciones, de casi imposible solución a medida que el tiempo transcurre.

Por lo demás, este defecto es de naturaleza universal, pues desgraciadamente también en España se quiere soslayar por algunos ingenuos nuestras dificultades y problemas con el socorrido "mal de muchos...". Y este argumento podrá tener alguna eficacia polémica, pero maldito para lo que sirve si se trata con él de encauzar o aliviar la dificultad de un proceso económico.

Por ello, el problema español ha de ser tratado tal como es, sin buscar en la comparación con otros países más que una estimación más precisa de su volumen y entidad.

Por lo que toca a la situación española, las series que recogen el crecimiento monetario en los distintos países (tanto dinero del Banco emisor como de los Bancos privados) muestran que la situación nuestra a este respecto, sin ser bonancible en demasía, es susceptible, en razón de la escasa dimensión cuantitativa de nuestra inflación, de rápido mejoramiento, y desde luego es mucho mejor que la de otros países de economía casi similar a la nuestra.

CRÓNICAS

Véase, si no, el adjunto cuadro:

Billetes en circulación.

(Números índices: diciembre 1939 = 100.)

| PAÍSES | AÑOS | | | |
|----------------------|-------|-------|---------|-----------------|
| | 1940 | 1942 | 1944 | 1946 (Junio) |
| Italia | 128,1 | » | 1.017,7 | 1.194,1 |
| Checoslovaquia | 101,7 | 222 | 549,7 | 571,5 |
| India inglesa | 101,8 | 234,1 | 449,7 | 551,4 |
| Méjico | 144,3 | 252,9 | 378,3 | 415,8 |
| Francia | 112,9 | 201,9 | 364,1 | 455,2 |
| Estados Unidos | 114,9 | 202,8 | 333,1 | 370,3 |
| Portugal | 116,4 | 219,8 | 300,9 | 318,4 |
| Argentina | 102,8 | 136,6 | 197,6 | 288,6 |
| Bélgica | 123,2 | 242,6 | » | 259 |
| Inglaterra | 111,2 | 166,3 | 223,2 | 245,8 |
| España..... | 114,9 | 169,2 | 190,6 | 204,7 |

En este grupo de once naciones, entre las que se incluyen neutrales y beligerantes, europeas y americanas, países de gran desarrollo económico y economías de dimensión casi equivalente a la nuestra, España ocupa el último lugar —el más honroso— desde el punto de vista de su incremento de dinero del Banco emisor, de lo que podríamos llamar crecimiento bruto del poder de compra, o inflación de primer grado.

Las cifras del dinero bancario (del depositado en los Bancos privados, más el creado por éstos) son aún más favorables a nuestro país, y por ello excusamos su exposición detenida. La situación española, analizada exclusivamente desde un estricto punto de vista monetario, no puede ser calificada de técnicamente buena; pero es incuestionablemente mejor que la de esos otros países. El ritmo del incremento monetario es más lento en nuestro país que en los demás. Todos recorremos el mismo camino, pero unos más despacio que otros.

Y, sin embargo, desde el punto de vista de la reacción de

CRÓNICAS

ese incremento monetario en la economía real, es decir, al exteriorizarse dichos auges en el nivel general de precios, tanto en los precios al por mayor como en el coste de la vida, nuestra situación deja de ser igualmente satisfactoria. Ya no somos los últimos: los mejores. Si se comparan los precios al por mayor de todos esos países, homogeneizados mediante un sistema de números-índices, el orden de los mismos viene indicado conforme al siguiente cuadro:

Precios al por mayor.

(Números índices: 1939 = 100.)

| PAÍSES | AÑOS | | |
|----------------------|------------|------------|---------------|
| | 1942 | 1944 | 1946 (junio). |
| Italia | » | » | 2.315 |
| Francia | 181 | 243 | 561 |
| Checoslovaquia | 145 | 148 | 280 |
| India inglesa | 158 | 241 | 264 |
| España | 162 | 194 | 258 |
| Méjico | 120 | 184 | 236 |
| Portugal | 177 | 247 | 231 |
| Argentina | 182 | 205 | 225 |
| Inglaterra | 164 | 171 | 178 |
| Estados Unidos | 129 | 136 | 148 |

El impacto del incremento monetario sobre el nivel general de precios es mucho más considerable en España que en otros países; un mayor nivel de medios de pago es absorbido más fácilmente por las diversas economías extranjeras que por España.

Y esto no sólo (lo que es cosa fácilmente explicable) por los países de gran expansión económica, como Inglaterra y los Estados Unidos, con plétora de recursos, o en la metrópoli o en las colonias, sino que ocurre también en países de economía similar a la nuestra. España, en el cuadro anterior, constituye con Argentina, Méjico y Portugal una zona media en la que

las alzas de los precios al por mayor se miden con un coeficiente 2,5 en relación al del año 1939.

Apartemos a un lado las consecuencias exageradas que alegremente podrían ser aquí sostenidas al comparar estos dos fenómenos: crecimiento monetario no desmedido, fuerte alza de los precios. No se trata de negar, ni la progresiva realización de nuestra reconstrucción, ni la sanidad esencial de todo nuestro complejo económico. El problema no es ése, sino otro muy distinto. A saber. ¿Por qué el incremento monetario, en unos países significa absorción de factores ociosos e incremento de producción, y en otros, creación de demanda y nuevas exigencias de consumos inmediatos?

El contestar a estas preguntas significaría tanto como el intentar resolver de un plumazo todos los problemas que, a largo plazo, tiene planteados la economía española. Baste por ahora, con destacar la interrogante que, con toda seguridad, preocupa a quiénes incumbe la responsabilidad de dichos problemas. De otra cosa, *non est hic locus*.

Una primera y simplista explicación del fenómeno antes subrayado podría encontrarse en un descenso de la producción real por virtud del que la reacción de un poder de compra en continuo auge, frente a una oferta de productos en continuo descenso, habría de exteriorizarse en un alza de precios, restableciéndose así el equilibrio económico, pero a niveles cada vez más altos.

Si ésta pudo ser la explicación del incremento de los precios españoles en pasados ejercicios, en especial en 1941 y 1945, años agrícolas de muy deficientes cosechas, difícilmente puede admitirse esta explicación para el año actual, sobre todo a partir del momento en que las esperanzas de una cosecha cerealista francamente normal, adquirieron categoría de evidencia.

Los campos españoles han proporcionado en 1946 un volumen de productos que puede cifrarse en algunos de ellos en más del doble que el año anterior y en su conjunto el total de las cosechas españolas correspondientes a este ciclo (verano 1946, invierno de 1947) es notoriamente el más elevado que se ha obtenido en España desde 1936. Y, con todo, la oferta no ha saturado a la demanda.

De aquí, el que esto no haya producido la menor inflexión en nuestro sistema general de precios ni en el coste de la vida. Podrán existir excepciones particularísimas, pero la tendencia general, tal como queda registrada en los trabajos y publicaciones del Instituto Nacional de Estadística, ha sido la apuntada líneas arriba.

Más aún, la producción industrial, aun dentro de las limitaciones que una deficiente información y elaboración estadísticas implica, se ha mantenido en nuestro país durante estos años a un nivel relativamente estable. No se ha llegado a superar los niveles de abundancia que se alcanzaron en los últimos años del gobierno del General Primo de Rivera. Pero en algunas producciones básicas (carbón, cemento, energía eléctrica) los volúmenes de producción son ya francamente superiores a los de los años republicanos, no sólo al promedio de 1931-1935, sino a las cifras del año más destacado del período. Y en otras producciones, las cifras, por lo menos, no son inferiores a las de aquel tiempo; por ejemplo, la producción textil, la de lingote de fundición, acero, etc.

Nuestro esfuerzo productivo ha sido importante, pero no ha existido en España, esto es necesario admitirlo, un exacto paralelismo entre la creación de medios de pago y la obtención de productos, de bienes reales. La afirmación de este hecho lleva consigo la explicación de una buena parte del alza de los precios. El Estado español, con su política presupuestaria y su política social, ha creado demanda; con su política económica no ha podido crear nuevas producciones en la medida necesaria para absorber y neutralizar un nivel siempre creciente de medios de pago. El esfuerzo realizado ha sido meritorio, laudable en sus propósitos, pero no ha podido alcanzar la totalidad de sus objetivos. Quizás el forzamiento de la capitalización, con propósitos demasiado ambiciosos, al emprender a un mismo tiempo y con unos mismos recursos —por definición, escasos— una excesiva pluralidad de logros, haya originado la demora de todos ellos, y el que sus efectos sobre los precios no puedan apreciarse hasta pasado algún tiempo. En estos o parecidos términos se han expresado destacados elementos oficiales, o panegi-

ristas sin el sentido de la medida, al enunciar el problema español como una "crisis de crecimiento".

La tesis parece bastante aventurada y las razones que en pro de la misma se han expuesto, de muy escaso contenido lógico, pero hoy por hoy no pasa de ser una más de las que pretenden dominar, con propósito de totalidad, la explicación del anómalo desarrollo de la coyuntura económica española en el último decenio.

Quizá fuera conveniente subrayar algunas otras facetas de nuestro problema económico, aunque no sea sino para salir al frente de ciertas ilusiones que parecen abrirse camino en la continua pugna de comentaristas y doctores en torno al tema.

Dicho se está que no aludimos con esto a la posición recientemente difundida por algunos sectores que se limita a negar rotundamente el problema y a acusar de derrotistas a quienes pretenden estudiarlo y enfocarlo. Esta posición por sí sola se comenta, que semejante optimismo a lo Pangloss jamás ha sido planta de arraigado crecimiento en España.

El problema, a largo y aun a corto plazo, es, no tanto el de la disociación de los precios españoles en relación con un índice general que nos aleja de los precios mundiales, y esto en tal medida que ni siquiera con correcciones monetarias audaces podrá subsistir un elevado nivel de comercio exterior (en especial el de exportación), sino, principalmente, el problema de la disociación entre sí de los distintos precios.

Suelen distinguir los economistas, técnicos en estos problemas de los precios, entre lo que denominan flexibilidad estructural de los precios y flexibilidad cíclica de los mismos. La alteración más o menos rápida de la segunda, de la flexibilidad cíclica, debida generalmente a razones monetarias (procesos bruscos de inflación, desinflación o reflación) puede ser corregida con mayor o menor dificultad, pero a la larga esta alteración deja las cosas en el ser y esencia en que antes del proceso patológico se encontraban. Los ejemplos de esto abundan en la experiencia monetaria y en la historia económica de los últimos treinta años: es el caso francés de 1923 a 1928; la experiencia inglesa de 1925 a 1931, etc.

En cambio, cuando la flexibilidad estructural de los pre-

cios se altera, esto es, cuando la reacción de cada precio particular es distinta ante estos factores que desequilibran el sistema económico, las consecuencias de semejante desequilibrio de unos precios en relación con otros es notoriamente más difícil de corregir. Y sobre todo cuando semejante desequilibrio se produce reflexiva y voluntariamente al crearse unos sectores "abrigados" en la producción, a los que no les afecta concurrencia alguna, mientras que en otros ha de actuar-se a la intemperie, entouces en esta confusión de monopolios, tasas, primas a la producción, fondos de retorno y demás instrumentos hoy en boga en la política de precios, cada productor se transforma, en parte o en todo, en un especulador. Según que se le presenten disociaciones parciales de los precios —alteraciones de la flexibilidad estructural de los mismos— con márgenes de beneficios radicalmente distintos merced a una ordenación poco afortunada, prematura o simplemente inconsecuente con medidas anteriores, así encauzará su actuación, y pasará de unas producciones a otras.

Una tasa a destiempo; un precio tasado para el producto y libre para los factores de su producción; un monopolio legal inesperado; todos estos fenómenos originan reacciones en los precios parciales, tan extensas y diversificadas, que son de imposible previsión y evaluación, con las obligadas consecuencias inesperadas en la estructura de los precios.

Y aquí sí que el problema merece alguna mayor consideración, pues en él puede residir quizá una de las claves que interpretan de modo mejor y más actual la situación existente hoy en la economía española. Como los precios no se han alterado en función de las productividades, sino que han sido éstas las que se ha intentado dilatar o contraer, precisamente por el estímulo o el desaliento a que eran sometidas en función de los precios, todos los equilibrios parciales se han modificado sin ninguna garantía de que esa modificación se mantenga, y de que, al hacerse llevadera, permita ya la elaboración de planes de producción de alguna extensión en el tiempo.

Esto es lo que ha explicado, y en cierto modo justificado, los desvíos de la producción agrícola de unos a otros sectores, según que la estructura en continuo cambio de los pre-

cios creaba márgenes de beneficios diferenciales tan desusados que impulsaban a esas mutaciones de producción más o menos posibles. Los casos concretos abundan: zonas de regadío dedicadas unos años a la remolacha azucarera, otros a la patata, otros a plantas industriales, e incluso a cereales, no en virtud de normas de técnica agronómica, sino como un efecto de precios de tasa o libres, que aseguraban enormes beneficios diferenciales.

Y algo muy semejante podría exponerse de determinadas industrias. Y no se diga del comercio de importación.

Por eso, admitida de plano la necesidad de una intervención, quizá fuera conveniente que las directivas de ésta se combinaran de modo más ajustado con las exigencias de la previsión económica. Cuanto menos varíen los factores fundamentales del cálculo económico, menos probabilidades de desarrollo tendrá el espíritu especulativo. Más estables llegarán a ser los precios y mejor acusarán su más destacada misión económica —la de constituir la guía más precisa y constante de productores y consumidores—. Una política monetaria que asegure, en cuanto de ella depende, la estabilidad del valor del dinero, y una política económica que obtenga la limitación de los factores monopolistas que hoy tan destacadamente actúan, bastarían sin duda alguna para que la actual distorsión entre producción y precios en España encontrara un fin rápido y victorioso.

Tanto la batalla de la producción como la batalla de los precios, máximos objetivos actuales, según notorias y rotundas declaraciones oficiales, han de ser libradas y ganadas conjuntamente, pues no es razonable pensar que puedan ser reñidas de otro modo.

Y bien. No es seguro que de los dos cobeligerantes en ese esfuerzo —Estado y Nación— todos los méritos estén de un lado y todas las culpas del otro. Y aun si así fuera, la paradoja de esa situación bastaría por sí sola para justificar, más que el cambio de rumbo, un nuevo planteamiento dadas las conclusiones a que se había llegado con la aplicación a ultranza de una tal política económica.

MARIANO SEBASTIÁN.

